

Courtoisie, Rafael. *La poesía del siglo XX en Uruguay*. Madrid: Visor, 2010.

Lo primero que llama la atención en este voluminoso libro antológico es el riesgo de desmesura. Un país pequeño como Uruguay, que apenas hoy, ya entrado el siglo XXI, pasa los tres millones de habitantes, no parecería en principio justificar las más de cuatrocientas páginas correspondientes a cuarenta autores que produjeron y publicaron en el siglo pasado en uno de los países más pequeños de América Latina, país atorado como una cuña entre dos “monstruos” de la talla de Argentina y Brasil.

¿Es posible que el pequeño Uruguay produjera, durante un siglo, tantos poetas y tan interesantes poemas que justifiquen un libro de estas dimensiones?

¿Cómo debería ser, entonces, la antología análoga de un país como México? ¿Qué dimensiones alcanzaría la argentina, o la colombiana, o la venezolana?

Esa es la primera duda que surge antes de examinar el extenso libro.

Afortunadamente, ya en el prólogo, las dudas comienzan a despejarse. La información, el marco histórico, contextual y sociológico allí expuestos ubican al lector no uruguayo en un universo cultural complejo y profundo que se ha dado en el pequeño país de toponimia indígena y en ocasiones equívoca.

Luego, una recorrida minuciosa va desplegando las diversidades y las calidades de las varias oleadas que fueron conformando, por adición y sustracción, en un creciente y complejo proceso dialógico, el discurso lírico uruguayo del siglo XX.

Nada es tan simple como afirmar que un país pequeño en población y superficie dará una poesía pequeña o modesta. El libro, los autores seleccionados, el modo de presentación, van demostrando poco a poco, persistente y sostenidamente, que el edificio de la poesía uruguaya es cosa seria y de dimensiones intelectuales atendibles en el concierto de un continente singularmente pródigo en el género.

América Latina dio en el XX a Vallejo y a Neruda, a Huidobro y a Borges. Un premio Nobel como Gabriela Mistral (1945) demuestra a las claras cómo la presencia de la mujer fue extraordinaria y nítida en

un continente de rasgos primitivos y por momentos machistas en su matriz antropológica.

En ese entorno, las figuras claves de la poesía uruguaya no desentonan. Por el contrario, muchos de los poetas y de los poemas reunidos en esta importante obra demuestran con claridad meridiana cómo el pequeño país austral tuvo una presencia decisiva en el género.

Al comenzar el siglo aparece el nombre de Julio Herrera y Reissig, de corta vida y obra fecunda y emblemática. Courtoisie logra contextualizar con profundidad y claridad didáctica el rol de Herrera en contigüidad con el del fundador involuntario Rubén Darío y con los de otros modernistas de importancia variable.

Quien no conozca la obra de Herrera y Reissig podrá enterarse, por los poemas aquí escogidos, que la importancia de su figura atraviesa el límite de su siglo y se proyecta al presente. Herrera es un inmenso territorio, una cantera poética, conceptual y preceptiva que ahora comienza a aquilatarse en su real dimensión, no solamente porque es la figura más señera de entre las importantes del 1900 que abren esta antología, sino además a través de las biografías agudas y originales que han publicado los también uruguayos Aldo Mazzuchelli y Eduardo Espina.

La antología cuestiona y revisa con valentía el rol que la crítica tradicional había asignado a la generación de los años 30 o generación del Centenario en Uruguay, destacando de un modo nuevo y firme la figura de una poeta como Juana de Ibarbourou, a quien se señala de la calidad y altura de la Nobel chilena Gabriela Mistral. También resignifica en ejercicio crítico deconstructivo el papel de las vanguardias en el 30.

Otro capítulo por demás rico es la reconsideración del rol mediático de la famosa generación del 45 (Vitale, Vilariño, Berenguer, Benedetti) haciendo hincapié en el aspecto publicitario (auto publicitario) y comunicacional, extra calidad literaria, de algunas de sus figuras.

El mayor aporte de este contundente volumen antológico se da, sin embargo, en la minuciosa y cuidada exposición de algunos nombres fundamentales de la generación de los 80, también llamada generación del Silencio o de la Resistencia: nombres de la dimensión de Eduardo Milán se van examinando junto a figuras capitales como la

## HPR/117

de Eduardo Espina, quien construye con humor y absoluta conciencia de su proyecto poético lo que el antólogo denomina un “más allá del neo barroco”, actitud y obra que desoxidan y dan una sacudida decisiva a la inercia lírica latinoamericana y a la condición meramente epigonal de Lezama y Perlongher.

A esa originalidad se suma la presencia esplendente de mujeres como Mariella Nigro, de decir profundo y raigambre filosófica, o Silvia Guerra, una poeta de extrema singularidad.

El antólogo rompe la cadencia de una posible enumeración canónica con algunas estratégicas y osadas inclusiones: un “performer” pionero del 1900, como Roberto de las Carreras, una figura desconocida pero fundamental de los 40, como Susana Soca, o un muestreo breve pero inquietante de un nombre hasta ahora absolutamente desconocido fuera de fronteras, el del impresionante y malogrado Julio Inverso, cuya obra apenas se propagó en los 90.

Más de un siglo de poesía, seis generaciones muy diferentes entre sí, cuarenta poetas, un ensayo brillante y atrevido y presentaciones claras y redactadas con rigor y soltura, conforman una obra de referencia que llama la atención sobre la poesía grande de un país pequeño.

Irene Sandman